

verdadera agua mítica», sostiene Bachelard<sup>12</sup>, y de manera muy especial el agua corriente, las fuentes, los arroyos, los ríos. Toda una teoría de ríos puebla la poesía de Mutis. Citados con sus nombres y descritos con sus características particulares, los ríos se presentan a su imaginario como verdaderos númenes tutelares, empezando por el Coello, de su infancia en tierra colombiana, luego el Escalda, vinculado a sus recuerdos de Bélgica, el Sena, el Mississippi y otros<sup>13</sup>. El agua dulce, de la misma manera que la leche, es para la imaginación material un alimento completo<sup>14</sup>, que define el carácter fundamentalmente materno de las aguas. «Como una fuente propicia o una materna substancia hecha de nocturnas materias sin memoria»<sup>15</sup>, así describe Mutis las aguas del Mississippi, en una reflexión que, en realidad, abraza a todos los ríos.

Materia o substancia, carente de teleología, en perpetuo desorden, pero que puede también adquirir la forma del abrazo materno o del alimento primordial, así se nos presenta el mundo de Mutis en la primera fase de su poesía, hasta ese punto de cambio que hemos señalado en *Los emisarios*. Allí la primera fase se cierra con las dos únicas composiciones maqrollianas del conjunto, «La visita del Gaviero» y «El Cañón de Aracuriare», y sobre todo con esta última. La nueva fase empieza en el mismo libro y se manifiesta muy especialmente en los *Lieder*. De allí en adelante su personaje preferido, Maqroll el Gaviero, emigra de la poesía y se traslada definitivamente al ámbito de la novela, llevándose asimismo su visión materialista y desolada del mundo. En la poesía, en cambio, se siente de manera cada vez más clara y vigorosa, una voz distinta, que surge de la intimidad inescindible de Mutis. Esta voz se ha ido formando a través del complejo itinerario en el que tanto colaborara Maqroll al asumir los aspectos más terribles de la indagación, las experiencias límite, el peligro de la locura, el desprecio total de la persona en cuanto imagen social, el contacto directo con la muerte en las formas extremas del suicidio y del homicidio, el homicidio mismo ejecutado con sus propias manos... Maqroll se va volviendo así cada vez más viejo y más cansado. Pero su enseñanza se transmite como invaluable herencia a su creador, el cual, habiendo conocido todo en buena medida por interpósita persona, ha podido más fácilmente realizar la operación alquímica consistente en transformar los sórdidos materiales de la

<sup>12</sup> Gaston Bachelard, *Psicanalisi delle acque: purificazione, morte e rinascita*, Red, Como, 1987, pp. 138 y sig.

<sup>13</sup> Con el pasaje a la narrativa, también los ríos se ficcionalizan: el poderoso Magdalena, con el nombre inventado de Xurandó, será el centro de las aventuras de Maqroll en *La nieve del almirante*.

<sup>14</sup> G. Bachelard, op. cit., p. 101.

<sup>15</sup> «Nocturno V», en *Un homenaje y siete nocturnos* (1987), SMG 279.

miseria en el oro luminoso que, como se dice en *Amirbar*, «no es el oro de la plebe». De modo que el poeta, habiendo penetrado en el *desorden de la materia*, ha terminado por descubrir el *orden de lo trascendente*.

## La música del orden

De *Los emisarios* en adelante la poesía de Mutis es un canto armónico, en el cual la música —esa «segunda circulación de la sangre», según su propia definición<sup>16</sup>—, que por tanto tiempo había mantenido separada de su escritura, entra ahora plenamente, como agua nutricia, a plasmar las nuevas líricas finalmente liberadas de la angustiada coacción al fragmento. Escritura y música se asocian ahora felizmente, se entrelazan en los títulos y en el espíritu de los poemas, así como en el ritmo regular de la sintaxis.

El nuevo mundo de Mutis, vigilado desde lo alto por Santiago de Compostela y por San Luis de los Franceses, e iluminado a menudo con referencias a la Palabra Santa de los Evangelios, tiende a ser cada vez más completo, compacto y ordenado: en él, cada pieza del conjunto parece haber encontrado su lugar, y el deseo de completar las historias anunciadas en las páginas escritas en el pasado revela, como la necesidad de orden al final de la vida del Gaviero, una voluntad que es el reflejo de una revelación. Dice Mutis en el «Nocturno en Compostela», hablando a la imagen del Santo, también llamado Boanerges:

aquí estoy, Boanerges, sólo para decirte  
que he vivido en espera de este instante  
y que todo está ya en orden.<sup>17</sup>

Las mujeres ya no son las «hembras» volitivas y animalescas que rodeaban a Maqroll, sino que tienen una belleza y una actitud hieráticas<sup>18</sup>; o son un nombre y un perfume sin cuerpo que se desvanece en la sombra del horizonte<sup>19</sup>; o bien adquieren la semblanza definitiva de Carmen Miracle, su inseparable compañera desde hace más de treinta años<sup>20</sup>.

<sup>16</sup> Álvaro Mutis: la palabra bifronte, *documentario de Roberto Triana Arenas, video realizado en Bogotá en 1993*.

<sup>17</sup> «Nocturno II en Compostela», *Ibid.*, SMG 274.

<sup>18</sup> Véase «Hija eres de los Lágidas», en *Los emisarios (1984)*, SMG 208.

<sup>19</sup> Véase «Lied marino», *Ibid.*, SMG 247.

<sup>20</sup> «Aquí, ahora, con Carmen a mi lado [...] todo está en orden»: «Nocturno en Compostela», en *Un homenaje y siete nocturnos (1987)*, SMG 274-275. Los ejemplos se podrían multiplicar. Carmen aparece también ficcionalizada en las novelas, con su nombre y como ella misma, es decir, como esposa del narrador.

En esta nueva visión de la existencia, ahora sí religiosa y teleológica, las ideas monárquicas de Mutis, que tanto han desconcertado a periodistas y lectores ingenuos, no tienen nada que ver con una posición retrógrada ante la historia. Convencido de que la historia no es *magistra vitae*, de que nada hemos aprendido del pasado y los mismos errores y las mismas atrocidades que el hombre ha sido capaz de concebir y realizar contra sus semejantes siguen repitiéndose, Mutis ve con verdadera indiferencia la política actual y sueña un Estado utópico —es el primero en definirlo tal— donde el poder temporal provenga de una fuente sagrada que lo haga superior a las disputas y a los mezquinos intereses a los que se someten en general los partidos y las instituciones.

La nueva concepción del orden, insistentemente reiterada en los poemas de *Crónica regia* y de *Siete Nocturnos*, deriva de un principio superior en virtud del cual cada cosa tiene una función precisa y una determinada colocación, más allá de la apariencia caótica o casual. El Rey, jefe de ese Estado ideal soñado por Mutis, es el intermediario entre el orden celeste y el mundo terrestre, y la tarea de reglamentar esta «desordenada materia» le llega desde lo alto, encomendada directamente por la Providencia: «por gracia y designio/ del Dios de los ejércitos»<sup>21</sup>. Este orden está más allá del tiempo y tiene el poder de liberarnos de los efectos del tiempo. La música, dice Mutis —como la poesía, podríamos agregar— tiene también este poder. En el «Homenaje», dedicado al compositor mexicano Mario Lavista, Mutis exalta el momento en que se escucha la música como una ocasión de iluminación:

[...] el secreto de ese instante  
otorgado por los dioses  
como una prueba de nuestra obediencia  
a un orden donde el tiempo ha perdido  
la engañosa condición de sus poderes.

La visión del orden por encima del desorden de lo contingente es, en efecto, una iluminación o revelación. Maqroll la tuvo en aquel recinto de roca semejante a una catedral, que había descubierto casualmente en el Cañón de Aracuriare. Cómo se ha servido de esta revelación, qué ha hecho exactamente al salir de allí no lo sabemos. Tal vez murió poco después en los esteros, como se dice en esa misma página. Tal vez siguió viviendo su vida alucinada e itinerante. No lo sabemos porque tampoco el autor lo sabe y ha querido dejar abierto hasta el día de hoy el capítulo final de la histo-

<sup>21</sup> «Como un fruto tu reino», en *Crónica regia* (1985), SMG 253.

ria del Gaviero. Pero sabemos qué le ocurrió a su autor después de esta experiencia de su criatura: cumplida y terminada la función de explorador existencial de Magroll, de *adelantado* del propio Mutis, como podríamos llamarlo, el autor no ha podido hacer otra cosa –dado que no quiere o no puede olvidarlo– que contar su pasado. He ahí la razón por la que las novelas se han sucedido a ritmo cerrado, prácticamente una por año. Por el mismo motivo, cuando esa voz suya más íntima e indivisible evoluciona en la expresión de lo inefable, no puede evitar la tentación del silencio: poesía del silencio impregnado de significado, última fase poética en la que callar equivaldría a una forma inigualable de plenitud y sería también la justa respuesta de la sabiduría conquistada. Sin embargo la forma del silencio es todavía para Mutis sobre todo una *tentación*, y como tal la reprime:

Pienso a veces que ha llegado la hora de callar,  
pero el silencio sería entonces  
un premio desmedido,  
una gracia inefable  
que no creo haber ganado todavía<sup>22</sup>.

Nosotros, sus lectores para siempre deudores, no disimulamos un suspiro de alivio y nos quedamos esperando que surja aún esa música suya que, como él había dicho de la música de Chopin, nos conmueve, nos toca, nos revela, nos abre una ventana hacia la luz y nos deja ya iniciados en ese borde ambiguo donde la única certeza es la cercanía del misterio. Si es profética la fantasía imaginada por Carmen Boullosa en su última novela<sup>23</sup> y si la necedad de los hombres será realmente capaz de destruir la sagrada armonía de la naturaleza, los versos que recrean a Coello, sus flores, sus perfumes, sus ríos de agua limpia, tendrán un poder renovado y un efecto terapéutico. Los raros y acaso apresurados lectores del nuevo milenio hallarán entonces en los versos de Mutis un oasis de sentimiento y de verdad. Hasta ellos esos versos llevarán, como Chopin a Mutis, «un manantial de música»

a ninguna otra parecida y que nos deja  
la nostalgia lancinante de un enigma  
que ha de quedar sin respuesta para siempre<sup>24</sup>.

<sup>22</sup> «Pienso a veces...», Últimos inéditos/Ultimi inediti, en *Gli elementi del disastro*, cit., p. 264.

<sup>23</sup> Carmen Boullosa, *Cielos de la tierra*, Alfaguara, México, 1997. La autora imagina la tierra destruida por el desastre ecológico y una lectora empeñada en regresar a la poesía del pasado y en especial a la poesía de Mutis.

<sup>24</sup> «Nocturno IV en Valdemosa», en *Un homenaje y siete nocturnos (1987)*, SMG 278.